



Comenzaba a las cinco de la mañana y conseguía

dos duros de ingresos mensuales

Así empecé, dice CHICOTE, condecorado con la Medalla del Trabajo

LE ha sido concedida a don Pedro Chicote la medalla de oro al Mérito en el Trabajo. Hemos sido recibidos por el popular barman en su museo de bebidas, y allí sentados ante unas copas de magnífico jerez, sostuvimos una agradable conversación, en el curso de la cual nos hizo un breve resumen de su vida...

—¿Cuántos años lleva trabajando?

—Tengo cincuenta y cinco, y a los siete comencé a trabajar; o sea, que si no me equivoco hace un total de cuarenta y ocho años.

—Por favor, ¿quiere hacernos un breve relato de su vida profesional?

—En 1908 empecé a vender copas de aguardiente en el mercado que entonces había en la plaza de los Mostenses; era un mercado al por mayor, bastante concurrido por compradores, vendedores y cargadores, entre los que logré hacerme una buena clientela, consiguiendo, merced al aguardiente —valía entonces cinco céntimos la copa— y algunas propinas unos ingresos de dos duros mensuales; a las cinco y media de la mañana comenzaba mi trabajo, que terminaba sólo cuando el mercado quedaba totalmente vacío; de esta forma continué durante cerca de cuatro años, hasta mi ingreso en Telégrafos, como botones. En 1915 logré una plaza de ayudante de bar-

man en el hotel Ritz, donde permanecí hasta mi incorporación al Ejército como soldado en Africa; una vez licenciado, regresé a mi puesto. Durante la época que siguió, el trabajo fué intensivo, inaugurando el bar del Palacio del Hielo y del hotel Savoy, de la misma empresa del Ritz. Durante los veranos me trasladaba a San Sebastián y a Biarritz, donde hacía la temporada en el Gran Casino, en el Kursaal y otros. Luego pasé a trabajar en Pidoux, permaneciendo allí hasta 1930, fecha en que me establecí como barman.

—¿Considera usted haber triunfado en su profesión?

—He trabajado mucho y con gran ilusión, pero a pesar de haber conseguido algunos resultados satisfactorios, mi deseo constante de superación preside todos mis actos.

—¿Cuál es su mayor afición?

—Viajar, no sólo como placer, sino para perfeccionar mis conocimientos profesionales; para ello encontré una magnífica ayuda en el marqués de Comillas, que en mi época de lucha más intensa me nombró barman honorario de los barcos de la Compañía Trasatlántica, en los que efectué gran número de viajes a distintos países; en el curso de ellos conseguí la mayor parte de las botellas que hoy figuran en este museo.

—¿Quiere usted hablarnos algo de este museo?

—Con mucho gusto. La colección se inició en 1916, con el regalo que el embajador del Brasil me hizo de una botella de Paraty, que es un aguardiente de caña fabricado por los indios brasileños.

—¿Cuántas botellas contiene el museo?

—Exactamente hoy figuran ordenadas 14.036, de diferentes países y clases, todas catalogadas por el país de origen y la clase de bebida que contienen. Algunas, sobre todo las orientales, son muy curiosas. Aquella —nos dice señalando un tubo envuelto en un papel con una inscripción en caracteres chinos— contiene un licor extraído de más de cien raíces diferentes y destilado con dientes de tigre, y aquella otra, licor de flores destilado con alas de mariposa.

—¿Cuál es la pieza de mayor valor de la colección?

—Hay dos valores a considerar; el profesional y el artístico. En cuanto al primero, la botella de más valor es una de coñac Napoleón Gran Reserva de 1811, de la que en la actualidad sólo existen 17 ejemplares en todo el mundo; poseo la documentación que acredita su autenticidad, y anualmente he de comunicar a la casa fabricante que conserva los registros de las 17 existencias, su estado de conservación; yo pagué por ella 5.000 pesetas, pero su valor con el tiempo ha aumentado considerablemente. En el orden artístico hay piezas de indudable valor, sobre todo las de porcelana. Vea usted —me dice— aquella pareja, verdadera joya, regalo del Príncipe heredero del Japón en su reciente visita a España.

—¿Cuál fué el hecho que mayor impresión le causó en su vida?

—El más triste, la muerte de mi madre.

—Y el más grato de su vida profesional?

—Sin duda, la concesión de la medalla del Trabajo, que me ha producido una gran emoción, ya que considero es el más preciado galardón para todos aquellos que vivimos de nuestro trabajo.

